

Filippo La Porta. Fotografía: cortesía de Fabrizio Cossalter

Retrato de Filippo La Porta*

CHRISTOPHER DOMÍNGUEZ MICHAEL

A inicios de 2018 conversé en Los Ángeles con Gian Maria Annovi, especialista en Pasolini. De inmediato convenimos en que nos separaba una fecha esencial. Él, autor de *Pier Paolo Pasolini / Performing Authorship* (2017), había nacido después del 2 de noviembre de 1975, cuando el poeta y cineasta fue descubierto asesinado en una playa de Ostia. Si yo estaba más cerca de esa fecha que Annovi, nacido en 1978 –lo cual explica algunas de nuestras diferencias de perspectiva: Pasolini es de nuestro siglo, pero el de él es leído a través del género y de los actos performáticos; el mío, como hermano menor de Gabriele D’Annunzio y Curzio Malaparte–, tratándose de Filippo La Porta (Roma, 1952), quien me lleva una década en edad, pareciera que no sólo sus dos libros sobre Pasolini (*Pasolini / Uno gnostico innamorato della realtà*, 2002, y *Pasolini*, 2012) sino su obra entera de crítico literario es intelectualmente más antigua que la mía. Ello no es del todo cierto.

La Porta ha escrito un formidable retrato de sus maestros en *Maestri irregolari / Una lezione per il nostro presente* (2007), libro donde hunde sus raíces en lo que los italianos llaman *il Novecento* y homenajea a Nicola Chiaromonte (1905-1972), George Orwell (1903-1950), Simone Weil (1909-1943), Albert Camus (1913-1960), Ignazio Silone (1900-1978), Arthur Koestler (1905-1983), Carlo Levi (1902-1975), Hannah Arendt (1906-1975), Christopher Lasch (1932-1994), Pasolini (1922-1975) e Ivan Illich (1926-2002). Excepción hecha de Silone y Levi, cuya obra apenas conozco, y de Lasch, de quien lo ignoraba todo –pero tomé nota–, al resto, con ciertas reservas en cuanto a Illich, lo incluyo sin vacilar en mi propio armorial, porque Chiaromonte, Orwell, Weil, Camus, Koestler, Arendt y Pasolini son de presencia obligada como penates entre quienes, venidos de la izquierda y desde antes de la caída del Muro de Berlín, buscábamos –diría Octavio Paz– conciliar las tradiciones, a la vez hermanas y enemigas, del socialismo y la democracia. Esa anhelada comunión partía de una petición de principio que ya no comparto: sólo bajo alguna clase de socialismo es posible la justicia.

Bien custodiado por esos once jugadores, a los cuales les corresponde realizar doce funciones –ya las veremos– en el campo intelectual, lo que irremediamente remite a la pasión por el fútbol compartida por La Porta y yo con otros millones de ciudadanos del planeta, el crítico italiano procede no sólo a lo que se espera de todo crítico, es decir, elaborar una radiografía de sus colegas, tan generosa en su caso como en el *Dizionario della critica militante / Letteratura e mondo contemporaneo* (escrito con Giuseppe Leonelli y publicado en 2007) y en un cuaderno de lecturas que a la vez es de alta divulgación, *Poesia come esperienza / Una formazione nei versi* (2013), sino además hace un examen permanente del tiempo presente, lo cual ha plasmado en numerosos libros y folletos, desde *Manuale di scrittura creativa / Per un antidoping della letteratura* (1999) hasta *Indaffarati* (2016), pasando por *Meno letteratura, per favore!* (2010).

Es fácil para un hombre de libros, cuando éstos se ven amenazados, refugiarse en ellos, a la espera del diluvio. La Porta, supongo, ha tenido esa sensación; yo, también. Entre las hogueras de la Inquisición y las de la Plaza de la Ópera en Berlín, la época gutenberiana equiparó la civilización burguesa con el libro impreso, el gabinete móvil de lecturas, la biblioteca, el libro de bolsillo, la librería –primero,

como referencia de barrio, tan indispensable como la panadería o la escuela de los niños, y, después, como comercio de grandes superficies, desde Fnac, Gandhi y sus sucedáneos hasta la mano invisible de Amazon y AbeBooks–.

Tras la Segunda Guerra Mundial, la asociación entre libro y civilización tuvo su última edad de oro. Yo todavía crecí en un mundo –de letrados y profesionistas liberales, desde luego– donde el libro era un objeto sentimentalmente prestigioso: aun cuando no se leyera se podía obsequiar, insinuante, a un muchacho o una muchacha un ejemplar de *La lucha sexual de los jóvenes* de Wilhelm Reich; o poemas impresos y encuadernados, allá en Italia, del peor Pasolini –por acá, supongo, de Jaime Sabines o Mario Benedetti–. Eso se acabó con el cambio de siglo y el nacimiento de internet, la red, esa insólita ontósfera de la cual algunos pocos de mis lectores, los más jóvenes, son naturales, “nativos digitales”, y donde los viejos hemos sobrevivido –bien a bien no sabemos cómo–, dotándonos apresuradamente de las nuevas prótesis ante la impaciencia de nuestros hijos, a una transformación acaso más radical que el nacimiento de la electricidad y la consiguiente iluminación de las ciudades hace ya mucho más de una centuria.

Ser *critico militante* en Italia no significa que alguien sirva a una causa o a un partido, sino que milita en la crítica como forma de vida y como crítica de la vida. La Porta es, ciertamente, crítico militante. Escribe en *L'Unità*, *Musica!*, *La Repubblica* e *Il Manifesto*, entre otras publicaciones periódicas. Lee y critica narrativa italiana contemporánea –me es imposible seguirlo en su comentario de libros que muy poco o nada conozco–. Y aunque es un “crítico de prosa”, se ha atrevido a salir del armario con *Poesia come esperienza*, osadía que le envidio. También se empeña en combatir vicios, modas y manías bárbaras, anteriores y posteriores a la inundación de la red, pero, sobre todo, en comprender novedades trascendentes y actuar con ellas en el mundo, conciliando el “humanismo modernista” –por llamarlo de alguna manera– de sus once jugadores con la real o supuesta liquidez de la pantalla y del hipertexto. Se niega, pues, a sumirse en el desastre o la desolación. Si él alcanzó a ser contemporáneo de los sobrevivientes de la Escuela de Fráncfort, aunque ninguno de sus miembros aparece en la selección laportiana, yo soy, como muchos de mis contemporáneos, lector obligado pero a disgusto de esos héroes trágicos, condenado a preguntarme casi a diario si son conciliables la cultura de masas, la industria cultural y sus sucedáneos con la alta cultura, en la cual me refugio, convencido como Gustave Flaubert, de que vivir en la torre de marfil es lo más deseable mientras la mierda sube tanto que impide abrir la puerta y escapar.¹ Creo que la “dialéctica de la Ilustración” sólo se aplica para explicar el totalitarismo, pero sé que esa concesión a la gente de Fráncfort me compromete en cuanto el liberal que pretendo ser, pues las raíces de Hitler y Lenin no son extraterrestres ni bárbaras sino, sobre todo, occidentales y europeas.

Entonces, la fecha, más bien, el año que me separa de La Porta es, naturalmente, 1968. Él nació antes; yo, después. Y aunque durante los siniestros setenta fui un adolescente militante en las juventudes del Partido Comunista Mexicano, supongo que me fue más fácil que a él deshacerme del 68 como *Weltanschauung*,

¹ Más que una cita de Flaubert, lo dicho es una paráfrasis mía.

al fin y al cabo una herencia prestada en mi caso. De aquel año, tan importante o más para México que para Italia, guardo en la memoria una sola imagen. Contra las instrucciones de mi padre –vivíamos en la calle Estrasburgo, atrás del Cine Latino, a una cuadra de Paseo de la Reforma, donde invariablemente pasaban las manifestaciones estudiantiles–, la empleada doméstica me llevó a ver “la peregrinación”. Tengo el recuerdo, quizá fabricado, de que aquella fue “la manifestación del silencio”, realizada sin lanzar consignas para denunciar la represión. Y fue el silencio, precisamente, lo que más me impresionó. En ese ambiente, vi a un joven estudiante de medicina, de bata blanca, caerse del estribo de un vocho que acompañaba la marcha circulando por el carril lateral de Paseo. El vehículo iba a muy baja velocidad y el resbalón del muchacho hizo reír a algunos de los mudos manifestantes. Eso es todo. En *Indaffarati*, La Porta es consciente de las consecuencias paródicas del 68,² pero aun lo afecta eso que Enzo Traverso ha llamado la “melancolía de izquierda”, y se nota en la lista de sus maestros, todos ellos decepcionados. Confiesa La Porta: “Éramos discípulos del maquiavélico y astuto Brecht, no del ingenuo y solar Camus”³

Manuale di scrittura creatina debe su título a la creatina, ese aminoácido de origen natural que causó un escándalo en el medio futbolístico y sobre el que se debatió si se trataba de un nutriente autorizado o de una forma de dopaje. Entiendo que la FIFA desistió de castigar su presencia en los resultados clínicos de sus atletas siempre y cuando no fuese administrada en sus versiones químicamente modificadas. En todo caso, La Porta subtitula sin ambages aquel panfleto con *Per un antidoping della letteratura* y enlista casos en que se ha inflado ilícitamente la literatura para hacerla más suculenta en el mercado. Estamos ante un crítico literario, y en cuanto que moralista, preocupado en diagnosticar las enfermedades profesionales no sólo del escritor –como quería Cyril Connolly– sino también del público.

Todos los críticos literarios importantes, desde Sainte-Beuve y Francesco De Sanctis hasta Roland Barthes y Marcel Reich-Ranicki, han sido, en un principio, críticos locales, dedicados en cuerpo y alma a sus literaturas nacionales. La Porta no es la excepción, y por ello el *antidoping* al que quiere someter las letras italianas –la novela, para empezar– puede aplicarse a toda la literatura mundial. Los síntomas que le preocupan son universales, visibles aquí y allá. Apestan, como dicen ahora los jóvenes. En *Manuale di scrittura creatina* denuncia, como primer mal, la desaparición del editor de oficio y su sustitución por un gerente, que puede durar en el cargo lo mismo que un director técnico de fútbol: sujeto a los resultados, sobre todo financieros.

Luego añade a la lista –a La Porta le gustan las listas– el *doping-stampa*, es decir, el aumento artificial de la musculatura de un autor a través de la prensa. Hoy, más de veinte años después de la publicación de ese libro, serían los usuarios de las redes sociales los que comandarían la competencia deportiva, reforzados, si se puede, con un premio literario otorgado a su jugador. Siguen el *doping-familista*, no otra cosa que el amiguismo que rodea a una novela de elogios amistosos y corpo-

² Filippo La Porta, *Indaffarati*, Milán, Bompiani, 2016, pp. 9 y 42.

³ *Ibid.*, p. 56.

rativos; el *doping-stilistico*, que planea genéticamente el libro para ocupar un nicho en el mercado,⁴ violentando la libertad artística del creador; y, el peor de todos, el *doping-ideologico*, que La Porta califica en términos adornianos y hasta, según él, “reaccionarios”. La democracia hace creer que el acceso masivo a los bienes culturales equivale a que cada consumidor se conciba como creador en potencia, en una suerte de *karaoke* literario. En el sureste de México y a lo largo de América Central se mantiene una vieja expresión que manifiesta la creencia de que “de músico, poeta y loco, todos tenemos un poco”. Pero la democracia sólo funciona a cabalidad en la política. El genio no puede democratizarse.

Paso a revisar mis simpatías y diferencias con La Porta en el asunto del dopaje literario. Confieso que encuentro su *Manuale di scrittura creatina* anticonformista y a la vez ingenuo –como él encuentra ingenuo a Daniel Pennac y sus derechos del lector–. Casi nada de lo diagnosticado forma parte de alguna “ideología italiana”, aunque, desde luego, las diferencias entre el mundo anglosajón y el de origen católico-barroco están vigentes, de tal forma que soy más sensible a las quejas laportianas de lo que sería un colega nuestro inglés o estadounidense, un James Wood o un Edward Mendelson, por poner un par de nombres sobre la mesa. En cuanto al ensordecedor ruido mediático que rodea a ciertos autores y a determinados libros, cabe recordar que como aparece se esfuma y que la novela nació bastarda, asociada al comercio.

El oportunismo de Walter Scott –es decir, el sentido de la oportunidad del que hablaba Søren Kierkegaard– fue olfatear un mercado abierto, a la vez, por las Luces y la Revolución Francesa, tendiendo al que acudió, sin saberse genial, un Honoré de Balzac. Igual que a La Porta, me irrita que los editores –los de oficio ciertamente en extinción generalizada– vendan gato por liebre, y considero mi obligación como crítico denunciar la estafa cada vez que puedo, pero hace tiempo que renuncié a ponerme histérico ante el asunto. La literatura comercial siempre existirá, y si daña o no a la verdadera literatura es cosa de discutirse. Para hablar de poesía, despreocupada siempre del mercado, ¿la Condesa de Noailles afectó a Rainer Maria Rilke? No. Ella es una nota a pie de página en la historia de la literatura francesa; sus versos fueron olvidados justamente y quien ganó la posteridad fue Rilke. Recordamos al Conde de Lautréamont y a Arthur Rimbaud más que a Germain Nouveau y a Charles Cros...

En cuanto al “familismo” –que en México es el “amiguismo” propio de las “mafias literarias”–, soy más indulgente que La Porta. Me parece inevitable que en *The New York Times Book Review* Cathleen Schine, autora de *Adelphi*, reseñe apasionadamente un libro de Fleur Jaeggy, mujer de Roberto Calasso, dueño de *Adelphi* y editor de Schine...⁵ No es lo correcto, pero lo real es racional y viceversa. Con

⁴ Buen conocedor de los Estados Unidos, La Porta es autor de *Diario di un patriota perplesso negli USA* (2008), que se suma a los libros de viaje europeos escritos sin acritud contra la república imperial. No son muchos. Descubrió que allá aun los novelistas más serios se conciben como creadores de un producto destinado al consumo del público. Me es difícil imaginar a un Proust pensando en esos términos. Su público no podría ser concebido más que como los *happy few* stendhalianos...

⁵ Filippo La Porta, *Manuale di scrittura creatina / Per un antidoping della letteratura*, Roma, Minimum Fax, 1999, p. 21.

Sainte-Beuve, creo en la cooperación saintsimoniana entre las familias literarias, enjuagues siempre malolientes para el vecino y el rival. Sólo hay un remedio eficaz: que esas familias sean no muchas pero varias y poderosas, dispuestas a combatirse sin tregua mediante la guerra de las escuelas –o de las corrientes, en cuyo belicismo en todo caso Connolly encuentra el termómetro que mide la salud de la literatura–. Numerosos enemigos deben tener Calasso y Jaeggy: conociendo a los italianos, los pusieron en evidencia si había lugar.⁶

Lo que más admiro en La Porta es al crítico militante preocupado por la salud de sus lectores. Ello me lleva a un autor casi secreto cuya influencia compartimos él y yo: Dwight Macdonald (1906-1982), quien seguramente algo tenía en la cabeza para que mi vecino, el comisario Trotski, lo llamara idiota. De la *Partisan Review* a *The New Yorker*, Macdonald vivió preocupado por la *midcult*, aquello que William Hazlitt llamaba “la ignorancia de las personas cultas”. A más de veinte años del nuevo siglo, eso nos lleva a replantearnos dónde estamos en cuanto críticos militantes –como La Porta y yo– en lo que queda del periodismo literario, además de ejercer como escritores en calidad de ensayistas. Insisto: ¿dónde estamos? Hablemos de lo horrible que no sucedió o no ha ocurrido todavía. Pese a lo pronosticado hace más de una década por Antoine Gallimard –yo lo oí–, el libro impreso no desapareció. Convive armoniosamente con el *e-book*, y entre ambos se ha entablado una competencia que hace que los ejemplares impresos sean más bellos, estén mejor diseñados y sean más resistentes que aquellos de antaño que se deshojaban por estar apenas pegados con cola o cuyo papel se volvía amarillento y quebradizo en pocos años. Los actuales tirajes muestran una industria boyante, con un comercio que la red ha potenciado. ¿Monopólicamente? Sí y no. Amazon ha hecho que cierren miles de librerías de barrio en todo el planeta, pero AbeBooks (comprada por Amazon) hizo que cualquier poseedor de libros pueda convertirse en librero de viejo *online*. ¿Podemos –se pregunta La Porta con frecuencia– condenar totalmente a la industria cultural de la que también los críticos literarios somos parte? Cuestionarse eso me parece un gesto de valentía.

Con la herencia de la Escuela de Fráncfort, la cultura de masas –incrementada hasta magnitudes insospechadas por la red– nos hace dudar de la calidad de la vida intelectual contemporánea, arrollada por la inmundicia salida de las cloacas de Facebook, Twitter y otras redes sociales. Ahí es donde La Porta –yo no– se esfuerza por localizar perlas, y, sin duda, las encuentra, aunque los tuits, por ejemplo, parezcan “disolver la propia promesa cultural que el aforismo conllevaba, su permanencia en lo herético-problemático”.⁷

⁶ Quizá mi propia historia como escritor que acabó de formarse en una mafia (la revista *Vuelta de Paz*) y continúa militando en su sucesora (la revista *Letras Libres*) me vuelva indiferente al supuesto perjuicio que las familias literarias infligen a las letras. Hay críticos que viven en grupo, y no necesariamente en armonía (como los de *La Nouvelle Revue Française*), y hay otros, lobos solitarios, igualmente valerosos cuando los anima el deseo impostergable de estar solos y no el resentimiento por no pertenecer.

⁷ *Indaffarati*, p. 101.

A nuestra generación –y por ello me conmueve que en *Indaffarati* La Porta recuerde aquella frase de Charles Péguy de que los verdaderos héroes del mundo moderno somos los padres de familia– le cuesta creer que, en lo que se refiere a las funciones neurológicas, la lectura en dispositivos simultáneos que hacen nuestros hijos los dote de la paciencia necesaria para disfrutar a Tito Livio, Marcel Proust, James Joyce, Virginia Woolf o Carlo Emilio Gadda. Un mundo sólo hecho de cultura general, como el que temía Macdonald, es hoy una utopía para soñarse, y al tristón *middlebrow* de ayer lo quisiéramos para una *small talk* en un vuelo no demasiado largo.⁸ Hace cincuenta años no le hubiéramos dirigido la palabra.

Hoy, frente a una *masscult* –para seguir en los términos de Macdonald– que parece invadir el ser y redireccionarlo hacia una totalidad calificada de líquida o efímera, se enfrentan dos tentaciones igualmente dudosas: rebajar el discurso para ser escuchados por los bárbaros –Alessandro Baricco lo considera– o darles la espalda y reducirnos a ser habitantes de un cenobio, como propuso Illich, el único de los maestros irregulares de La Porta que alcanzó a morir en el siglo XXI. Concedamos –junto con un conservador como Roger Scruton– que la música clásica es una iniciación, mientras que la cultura pop –George Steiner algún vez acusó al rock de ser incapaz de transmisión semántica– es sólo un espasmo. O creamos, como podría ser el caso de La Porta, que es maravilloso que un clic permita, en cualquier lugar del mundo, escuchar las piezas compuestas por Mozart. No sabría yo qué decir. Para discutirlo, por fortuna tenemos a La Porta, el moderno –comparándome con él, me siento un antiguo–.

Ante un mundo en mutación antropológica, como le gustaba decir a Pasolini –la mala y la buena conciencia, según ciertos italianos singulares e irregulares–, pero al que nuestro crítico militante prefiere llamar *hipermoderno* pues sitúa el nacimiento de lo posthumano durante la Gran Guerra, en *Indaffarati* La Porta insiste en la necesidad de sobrellevar el mito de la caída con que cada generación se justifica, para lo cual propone tomar de lo de ayer, de lo de hoy y de lo de mañana todo aquello que pueda ser literariamente procesado, rescatado del bazar de la red. Esa capacidad de integración se la admiro, al carecer yo del temple –no sólo el de La Porta, sino acaso el de los grandes críticos– de entender el propio tiempo sin rechazarlo por misonéismo. Él está abierto a géneros menores que yo no tolero. Peor para mí. Por ello, por ejemplo, no les hace el feo a los finados Roberto Bolaño y David Foster Wallace –entre sus novelistas contemporáneos favoritos–, ni a Roberto Saviano y su *Gomorra* (2006). Le es indiferente el éxito mundano del autor, pero, en cambio, lo considera un verdadero realista: alguien que ha inventado un mundo –por más periodística que parezca la forma y políticamente correcto el mensaje– sin limitarse a copiar este en el que vivimos, es decir, alguien sin la tara naturalista, como la llama en *Meno letteratura, per favore!*.⁹

Gracias al cine y a su madre, la fotografía –cuya expulsión de las bellas artes salvaría el viejo canon, según Marc Fumaroli, quien, sin embargo, no se atrevió

⁸ Dwight Macdonald, *Masscult and Midcult / Essays against the American Grain*, introducción de Louis Menand, Nueva York, New York Review Books Classics, 2011.

⁹ Filippo La Porta, *Meno letteratura, per favore!*, Torino, Bollati Boringhieri, 2010.

a dar el paso–, el siglo XX convirtió la frontera entre la cultura popular y la alta cultura en una zona en tinieblas. De ahí que en el esfuerzo didáctico de La Porta reaparezca la disyuntiva –y aquí, curiosamente, es Illich el maestro irregular más consecuente–, ante la cual quizá sea necesario renunciar al mundo; olvidarnos de la ponderación que se hace de un producto *midcult* como el *Corto Maltese* de Hugo Pratt y aceptar que el catálogo de Adelphi quede en señal para iniciados; asumir que la pronosticada nueva Edad Media ha caído sobre nosotros ahora que “el poder ha cancelado la libertad de expresión saturándola”.¹⁰ Esto último lo dice La Porta a propósito de Facebook –esa “nueva iglesia con el smartphone como confesionario”–,¹¹ pero es fácil extrapolar su aserto a la barbarie de la hiperinformación. Admite que la democracia, entendida como el derecho de una élite a acceder a la antigua tradición humanística, es frecuentemente incompatible con la cultura de masas, pero no renuncia a creer que *Macbeth* pueda filtrarse a través de *Los Simpson* –deseo de padre de familia que Péguy habría bendecido–.

De Edmondo De Amicis al joven trágico Carlo Michelstaedter, de lo patriótico-pedagógico a los saldos del nietzscheanismo, La Porta no sólo ha trazado un verdadero mapa de la literatura italiana, sino también ha ejercido como pocos la crítica de nuestro tiempo, concentrado en “el lector como individuo” contrapuesto a la “nueva cultura *middle class* ecléctica y polimorfa”.¹² Más allá de su crítica y genealogía de la crítica italiana, podría hablar de sus aventuras como lector de poesía, pues mucho he aprendido leyendo sus retratos de los italianos Giambattista Marino, Pietro Metastasio, Ugo Foscolo, Sandro Penna y Giorgio Caproni. También quisiera comentar sus preferencias en lengua española, como la obra de Antonio Machado y la de César Vallejo, según expresa en *Poesia come esperienza*, pero finalizaré regresando a los maestros irregulares de La Porta, con quienes yo también me encuentro en el ser y en el tiempo. En *Maestri irregolari*, enlista las características que unen a sus maestros y nos presenta un verdadero autorretrato que no sólo permite confiar en La Porta, sino además confiarnos a él en la amistad, otra palabra degradada por la red.

Encuentra, pues, que a sus once jugadores los une lo siguiente –traduzco e interpreto–: 1) la crítica de lo existente y el amor por la realidad; 2) la centralidad del concepto de límite; 3) el azoro ante el futuro, en cuanto dimensión fatal del horizonte humano pero también como permanente amenaza de alienación; 4) la necesidad de repensar nuestra civilización; 5) su carácter –se entiende– de hermanos mayores; 6) lo irreductiblemente individuales que fueron, que no individualistas; 7) la mística compartida por la democracia como fin en sí mismo; 8) su naturaleza de educadores, que no de endoctrinadores; 9) su religiosidad sin fe; 10) la duda que sufrieron ante la acción que debían emprender, visible o invisible, como intelectuales; 11) su destino en la izquierda antitotalitaria; y, finalmente, 12) su común pertenencia a la tribu de los ensayistas, escritores sin género y sin cátedra fija, situados no necesariamente fuera de la universidad pero sí de los fanatismos

¹⁰ *Indaffarati*, p. 94.

¹¹ *Ibid.*, p. 133.

¹² Filippo La Porta y Giuseppe Leonelli, *Dizionario della critica militante / Letteratura e mondo contemporaneo*, Milán, Bompiani, 2007, p. 143.



del claustro –eso es La Porta mismo, un “crítico militante extraño a la academia”, según lo describe la prensa de su país–.

Me despido de Filippo La Porta exponiéndolo en el desconcierto. Cuando jovencito, según cuenta en *Pasolini / Uno gnostico innamorato della realtà*, leyó, azorado, una paradoja pasoliniana a propósito de la vida picaresca del Lazarillo de Tormes: Pasolini consideraba la posibilidad de que el peor mal que podía infligírsele al poder –como concepto, una obsesión italiana– era la resignación, pues ésta tornaba la realidad en ilusión.¹³ La ilusión, calculo, del individuo que lee. ●

* Este ensayo, con algunas variaciones realizadas por su autor, así como actualizado y editado para el presente número de *Inundación Castálida*, fue publicado originalmente en abril de 2018 en la revista *Letras Libres* (año XX, núm. 232).

¹³ Filippo La Porta, *Pasolini / Uno gnostico innamorato della realtà*, Florencia, Le Lettere, 2002, pp. 12-13.